

La Contra. Los enemigos de la Revolución de Mayo, ayer y hoy de Fabián Harari

Prólogo

La Revolución de Mayo sigue siendo el campo de prueba de los historiadores. Este movedizo terreno permanece fresco y sugestivo para que se ensayen utensilios conceptuales y se calibren tesis generales sobre los cambios históricos. En lo que es una de las encrucijadas historiográficas más densamente concurrida por obras clásicas y modernas argentinas, Fabián Harari se atreve a un desafío considerable y brioso. Se trata de estudiar la emergencia misma del concepto de revolución, que los tiempos de mayo de 1810 dejan en clara evidencia en las acciones de un sector burgués antimonopolista. Se lo percibe fundado en los perfiles de una revolución burguesa con base en la gran propiedad agraria, que exige libertad de comercio y llama a la acción a un conjunto de intelectuales que daban forma a un impulso político *criollo* autonomista.

Concebido como una investigación que expone su polemismo desde el propio título, Harari dirige su libro contra los historiadores que ocluyen el sino revolucionario de Mayo, ofreciendo un primer movimiento de debate frente al amplio abanico de divulgadores de la historia –aunque también con Halperín Donghi o Chiaramonte- que insertos en los aparatos pedagógicos convencionales, reiteran las necesidades íntimas del sentido común dominante: en el opaco transcurrir de los hechos, dicen, hubo ambigüedad de las conciencias, no revolución. *La contra* ve revivir en ellos los oficios de un vasto legado de pensamientos que no sabe ver el canto revolucionario de la burguesía en su momento de lozanía, y les dirige sus estiletos con el amparo de los muchos saberes acumulados en esa área de la investigación. Entre ellos, el siempre citable *Desarrollo del capitalismo en Rusia* de Lenin, escrito ochenta años después de la Revolución de Mayo y sobre la que podría arrojar su iluminación retrospectiva.

Pero el libro de Harari no solo traza un extenso panorama de las fuerzas productivas en expansión desde ese fin del siglo XVIII en las remotas tierras aún no llamadas pampas argentinas, sino que propone un segundo momento en que, invocando un severo latiguillo de los tiempos de Lenin, aunque en éste caso no de su autoría, lleva a considerar “el papel del individuo en la historia”. En este caso, Harari presenta un inexorable cuadro de las filiaciones sociales de la clase revolucionaria, con sus itinerarios vitales –los de Moreno, Castelli, Saavedra, Belgrano- cruzados por el hábito de una relación compleja y al mismo tiempo clásica. Se trata de la relación entre los intereses sociales del sector al que pertenecen y el lenguaje de ideas (en sus textos, argumentaciones y poéticas) que despliegan ellos ante sus contemporáneos. Así aparecen, en este intervínculo entre las raíces sociales de las ideas y los intereses de clase, los conocidos desafíos para el pensamiento historiográfico. El interesantísimo caso del poeta Lavardén, también parte de la clase criolla, burguesa comerciante y propietaria, que Harari propone a la consideración del lector con convincentes pinceladas, no cede en interés a la interpretación que *La contra* da del célebre escrito de Mariano Moreno en su *representación de los hacendados*, en los que el autor de este libro lleno de vida y anhelante de controversias ve un documento enteramente ligado al horizonte revolucionario de época.

Este gesto del autor de *La contra* en la interpretación del escrito moreniano, así como su convicción de que no ofrece dudas la autoría del también muy frecuentado *Plan de operaciones*, no por apartar otros puntos de vista que se inspirarían en el indiscutible carácter hermético de esos escritos para habilitar otras disquisiciones intrépidas, deja de tener la osadía de una tesis que hace mucho tiempo no es expuesta de un modo tan bravo y explícito entre nosotros. Más atendibles son las aseveraciones

sobre *El telégrafo mercantil* o sobre el propio Lavardén, lo que coloca el libro de Harari en lo que quizás sea su verdadero plano de actuación, una vez atravesado su *pólemos* fervoroso contra los historiadores que no le dan el lugar adecuado a las evidencias recias de violencia -esas decisiones en las que se sube la apuesta en términos de la “partera de la historia”- en las que se encuentra el primer lenguaje de la revolución.

Creo que ese plano consiste en el tratamiento de lo que podríamos llamar la cuestión intelectual de la revolución, sugestivo horizonte sobre el que el libro de Harari hace un aporte convincente, especialmente al fijar su atención en la figura del presbítero Juan Manuel de Agüero y Echave, autor de un tremendo escrito de teología política, vigoroso alegato a favor de la autoridad no exento de pasajes formidables, cuyo ultramontanismo colosal desafía a sus intérpretes. *La contra* resalta el interés de este texto, cerrando su promisorio tarea con el proyecto de encontrar en los escritos contrarrevolucionarios -también el del *otro* Agüero, Miguel Fernández de Agüero, quién le contesta a Moreno- una evidencia palmaria de las líneas de confrontación entre los intereses sociales históricamente enfrentados.

Sin duda, en los textos se puede seguir -en sus rupturas y silencios- las líneas en las que también se escinde una sociedad. Puedo imaginar múltiples variaciones en las que se puede realizar este fascinante ejercicio en torno al encuentro de las voces con las que una revolución se cobija en los pliegues de la escritura, pero el que sostiene Harari, además de suscitarlas a todas ellas, se atiene al rigor del canon clásico: los hombres y sus pensamientos estrujados por las inclemencias prosaicas de la historia. Con su mezcla de arrojo político y valentía teórica, Harari nos devuelve los viejos episodios de la revolución de mayo a la luz de una nueva oportunidad de hacerlos nuestros contemporáneos.

Horacio González